

igual cosa de Francia? Esta observacion, cuya exactitud hemos tenido ocasion de verificar veinte veces, se aplica en general á todos los otros aspectos de la ciudad de los Pontífices!

### 11 DE FEBRERO.

Entrada de San Juan Ante Portam Latinam.— Columbarium de Pomponio Hylas.— De la familia Volusia.—Sepulcro de los Scipiones.—Cambio de la Cruz al Coliseo.

Conociendo ya las obras de *caridad corporal* que Roma cristiana ha escalonado en todos los caminos de la vida, desde la cuna hasta la tumba, habiamos acabado la primera parte de nuestro itinerario. Antes de estudiar la caridad *intelectual y moral*, hicimos una posa largo tiempo deseada.

La capilla de San Juan Ante Portam Latinam fué el objeto de nuestra peregrinacion. Visitar el lugar consagrado por el martirio del apóstol mismo de la caridad, era, sin apartarnos de nuestro itinerario, repasar felizmente una laguna.

El viajero que viene del Coliseo por la vía de los Triunfos, se encuentra muy pronto en la vía Apiana. Esta última, tan célebre en la historia de la antigua Roma, está hoy limitada por un ancho embanquetado formado con bellos fragmentos de mármoles antiguos. Despues de haberla seguido hasta la altura de las Termas de Caracalla, volteamos á la izquierda y pusimos los piés en la vía Latina, que conduce á la puerta del mismo nombre; esta puerta ha sido cerrada por los franceses durante la ocupacion imperial. Al pisar este antiguo camino, ¿cómo no acordarse del discípulo muy amado que lo recorrió él mismo para ir al suplicio? Domiciano, sin respeto alguno á aquel venerable an-

ciano, le habia hecho conducir á Roma encadenado como un malhechor. Cuando estuvo á pocos pasos de la Puerta Latina fué azotado con varas, segun la costumbre romana, rasurado por ignominia y luego arrojado á una caldera de aceite hirviendo. Salió de ella sano y salvo, como los jóvenes hebreos salieron del horno de Babilonia; pero fué para hacer relegado á la isla de Pthamos, hasta que Nerva hubo abolido los sangrientos decretos de su bárbaro predecesor.

En el lugar mismo del martirio, uno de nuestros compatriotas, llamado Adan, auditor de Rota en el siglo décimosexto, mandó levantar una pequeña capilla en forma de rotonda, en la cual se conservan los instrumentos del martirio. En el interior se lee la inscripcion siguiente:

Martyrii palmam tulit hic athleta Joannes,  
Principii verbum cernere qui meruit.  
Verberat hic fuste pronconsul, forcipe tondet,  
Quem fervens oleum, lædere non valuit  
Conditur hic olivum, dolium, cruor atque capilli.  
Quæ consecravit inclita Roma tibi.

“Aquí obtuvo la palma del martirio el atleta Juan, quien mereció distinguir el verbo del principio. Aquí le azota con varas el procónsul y le afeita con tenazas. Y el aceite hirviendo no pudo dañarle. Aquí se conserva el aceite, la caldera, la sangre y los cabellos, cosas que consagró la inclita Roma.”

Esta visita nos procuró un doble gusto. Desde luego nos fué dado orar al discípulo muy amado del Salvador, en el lugar mismo en que habia dado á su tierno Maestro una prueba tan brillante de su amor. Este es un delicioso placer, porque en el sepulcro de los mártires se ora mejor y hay algo que os dice que allí se recibe la oracion más fácilmente que en otra parte. Además, veia en aquella capilla un monumento de justo reconocimiento, y de

ello estaba yo orgulloso. A nosotros los secuanos 1 nos ha venido la ley del Evangelio por San Juan; San Ireneo, su discípulo nos envió á Ferreol y á Fergueux, nuestros primeros misioneros.

Con el alma llena de estos buenos y dulces pensamientos, entramos á un jardin distante solo algunos pasos, para visitar un monumento de otro género. En la puerta de una escalera de caracol, que baja á un profundo subterráneo, se lee: *Columbarium libertorum domus Augustæ*. Estábamos en el sepulcro de los libertos de Augusto. Cuando llegamos á la cámara mortuoria, *area*, que forma un cuadrilátero, miramos á la luz de nuestras antorchas, una gran cantidad de pequeños nichos, semejantes á nidos de paloma, *columbarium*, practicados en las cuatro paredes; estos pequeños nichos practicados en un pleno arco de bóveda, *arcuato*, pueden tener un pié y medio de altura y una latitud igual. En la base hay dos agujeros practicados en el interior de la pared y cada uno contiene una jarra de tierra cocida, *olla*, que encierra cenizas y despojos de huesos calcinados, segun la costumbre de los romanos. Una simple cubierta de tierra cocida, *operculum*, cierra la jarra ó urna funeraria. El nicho mismo está cerrado por una placa de tierra ó de mármol, sobre la cual se leen los nombres y las cualidades del muerto, *tituli*. En una de estas placas, colocada delante de un nicho no abierto todavía, están las dos inscripciones siguientes: la primera pertenece á una de aquellas numerosas esclavas empleadas en servir el tocador de las matronas romanas, y de Octavia, por consiguiente; la segunda es la del tesorero de la misma princesa. Ambas podrian servir de texto á un largo comentario, porque ellas revelan costumbres íntimas de la vida romana y ciertas condiciones de la esclavitud. 2

1 Hoy los del Franco Condado.—N. del T.  
2 Véase Pignorius, *de Servis*.

PESVÆ OCTAVIÆ  
CÆSARIS AVGVSTI F.  
ORNATRICI  
VIX ANN. XVIII.  
PHILETVS OCTAVIÆ  
CÆSARIS AVGVSTI F.  
ARGENTORATO. FECIT  
CONTVBERNALI SVÆ  
CARISSIMÆ ET SIBI.

En la bóveda del columbario están suspendidas dos lámparas de bronce de seis á siete brazos. Estaban provistas, segun se dice, de mechas de amianto, con el fin de estar ardiendo *siempre*. Por lo demas, la forma de estas lámparas es todavía muy comun en Roma; esta es una prueba entre mil, de la tenacidad de las costumbres populares. Sobre las paredes se ven algunas pinturas bien conservadas, que representan génius. Todo este espectáculo de muerte, en donde ningun pensamiento de inmortalidad viene á consolar vuestra alma, tiene cierto aspecto helado que *hace mal*. La visita al monumento del apóstol San Juan nos hizo esta impresion más viva; pero lo llegó á ser mucho más, cuando despues de haber atravesado una pequeña viña, llegamos al Columbarium de la familia Volusia, particularmente célebre en tiempo de Neron.

El aspecto grandioso del monumento anuncia que aquí descansan grandezas humanas reducidas á nada. Este columbarium puede tener 40 piés de altura, y forma un paralelogramo de cerca de 30 piés de longitud por 20 de latitud. La bóveda con pechinas descansa en un ancho pilar colocado en el centro. A consecuencia de los movimientos terrestres, la parte superior del columbarium no excede más que en 3 piés al nivel del suelo. Bajamos al subterráneo, en donde pudimos contar cerca de 500 nichos. Allí se presentan á los ojos y á la contemplacion del viajero mu-



chos nombres conocidos en la historia. En la parte más sólida del pilar central está en un nicho más grande que los demás, que contiene una hermosa urna de mármol blanco con estas palabras por inscripción:

NE TANGITO  
O MORTALIS  
REVERERE  
MANES DEOS.

“No me toques, ¡oh mortal! respeta á los dioses manes.”

Los arqueólogos pretenden que ella contiene las cenizas de un sacerdote de los ídolos. Siempre, aun los mismos paganos, colocan las cenizas de los muertos bajo el cuidado de los dioses; el respeto á los sepulcros es una ley de la humanidad y una lección útil á los vivos. No pudo ser leída grabada hace diez y ocho siglos y por una mano pagana, sin hacer más de una reflexión á propósito de nuestros contemporáneos. Olvidaba decir que el columbarium fué descubierto hasta hace pocos años, circunstancia que explica la perfecta conservación del monumento y la frescura de las pinturas que lo adornan.

Todas las viñas inmediatas son verdaderas minas de Columbarios. Ellas deben este privilegio á la cercanía de la vía Apiana, punto de reunión general de los sepulcros de la antigua Roma. Así, basta solo cavar para encontrar piedras monumentales, bajos-relieves, lámparas, utensilios, despojos de tocados y otros muchos objetos interesantes. Vimos, entre otros, un magnífico sarcófago de mármol de un trabajo exquisito y bien conservado, en el cual está representada una batalla de los Romanos contra los Galos; se reconocen nuestros abuelos en los rodetes ó collares que les rodean el cuello.

Como estábamos en disposición de visitar á los muertos, nos dirigimos hácia la

vía Apiana y á pocos momentos llegamos al sepulcro de los Scipiones. Este célebre monumento fué descubierto en 1780. Tenía dos pisos; el primero estaba cavado profundamente; ya casi nada queda del segundo, adornado con medias columnas de mármol y con nichos destinados á las estatuas de los miembros de la familia. Bajamos, armados de antorchas, al piso inferior, por un camino tortuoso, recientemente cavado. El primer sepulcro que encontramos es el de Publio Cornelio Scipion, *flamen dialis* (gran sacerdote de Júpiter); la inscripción da fe de ello. Miramos también los del vencedor de España, y de Lúcio Cornelio Scipion, hijo de Scipion el Asiático. Todos los sarcófagos estaban colocados á la entrada; pero no se parecen en nada á nuestros *loculi* de las catacumbas, aunque la raza *Cornelia* haya conservado hasta Sylla la costumbre excepcional de no quemar á los muertos. ¡Tumbas en ruinas! ¡hé ahí á la ilustre familia, madre de tantos grandes hombres que durante muchos siglos llenaron la tierra con el ruido de tu nombre, hé ahí todo lo que queda de tí! Vanidad de gloria que el cristianismo no ha inmortalizado consagrándola.

Cuando volvimos á la vía de los triunfos, un nuevo contraste nos esperaba en el Coliseo. Un gran número de elegantes carruajes estaban parados alrededor de los vastos pórticos; habían llevado á un gran número de nobles peregrinos. Era viernes y sonaban las tres de la tarde; se andaba el Camino de la Cruz. ¡El Camino de la Cruz en el Coliseo! ¡Concebís algo más solemne y más tierno? Sí; allí, en el centro de aquella arena tantas veces ensangrentada, está una gran cruz, levantada sobre su pedestal de piedra; alrededor del *podium*, contra el cual chocaron haciéndose pedazos tantas desgraciadas víctimas de la barbarie romana, están las estaciones

del Camino de la Cruz. ¡La Cruz por todas partes, solo la Cruz en pie en el Coliseo! En aquella tierra empapada hasta una gran profundidad con la sangre de los mártires, había una multitud piadosa, sin distinción de clases ni de sexos, arrodillada, recogida, que caminaba suavemente derramando lágrimas y oraciones, siguiendo á una gran cruz de madera, llevada por un pobre religioso de San Francisco, que iba con los pies descalzos y el cuerpo cubierto con un hábito grosero. Las vastas graderías, que resonaron tantas veces con los rugidos de los leones, los gemidos de los moribundos, con gritos desesperados y con los aplausos de un pueblo entero sediento de sangre, hoy resuenan con aquellas dulces y fraternales palabras reperidas en comun por hombres de todas naciones: *Padre nuestro, que estás en los cielos*: la oración del amor en el lugar mismo en que el paganismo había querido ahogarle en la sangre de los mártires; ¡oh! en verdad este es un contraste, un espectáculo, á cuyo precio el viajero á Roma no será nunca demasiado caro.

## 12 DE FEBRERO.

Miseria intelectual.—Caridad romana con los ignorantes.—Escuelas regionarias.—Su disciplina.—Su número.—Escuelas gratuitas.—San José de Galazans.—Origen de su obra.—Sus desarrollos.—Otras escuelas particulares para los jóvenes.—Las Doctrinarias.—Los hermanos de las escuelas cristianas.

El tiempo estaba soberbio y nos convidaba á salir. Nos aprovechamos de él para reemprender nuestra visita á Roma caritativa. Sobre las miserias físicas, la enfermedad, la pobreza y la muerte, están las miserias de la inteligencia y del corazón. La ignorancia y el error, las pasiones y sus tristes resultados, tales son los males

que atormentan al hombre en la parte más noble de sí mismo; había llegado ya el momento de buscar lo que hace Roma para prevenirlos y repararlos. La ignorancia se disipa con la instrucción. Ahora, cualesquiera que sean su fortuna y su condición, el joven romano encuentra en los umbrales de la vida fuentes abundantes en las cuales puede ver la verdad; nosotros quisimos visitar algunas de ellas.

Sin salir del cuartel, vimos delante de una casa de buena apariencia un rótulo de madera pintada con grandes caracteres; esto indicaba que allí había una escuela *regionaria*. Las escuelas regionarias son llamadas así, porque en otro tiempo había una de ellas en cada cuartel ó region. La falta completa de documentos no permite determinar su origen; muchos historiadores las refieren á las antiguas escuelas establecidas por el Senado romano. Como quiera que sea, las escuelas regionarias, aunque destinadas á los niños del pueblo, no han sido nunca enteramente gratuitas; hoy todavía no lo son. El maestro recibe de cada alumno una retribución mensual, que varía de cuatro á diez paolos (2 á 5 francos). Allí se enseña la doctrina cristiana, la lectura, la escritura, los elementos de las lenguas italiana y francesa, la aritmética, los principios de la geografía y de la historia sagrada y profana. El maestro debe, además, tener un libro de urbanidad que instruya sobre las buenas maneras, y que ha de leer á los niños una vez por semana. Se admiten los alumnos desde cinco años cumplidos, con tal que no tengan alguna enfermedad asquerosa ó contagiosa. Las clases duran tres horas por la mañana y tres horas por la tarde, comienzan y acaban con una oración, y en la mañana van los niños á misa á alguna iglesia inmediata.

Hace veinticinco años que el número de escuelas regionarias se ha aumentado con-